IV Domingo de Cuaresma (10-03-24)
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanas y hermanos:

Ya cerca del día de Pascua, este domingo se llama el "Domingo de la Esperanza", de la Alegría, "domenica laetare". Y, en este domingo, todos nosotros estamos invitados a acoger el don de nuestro Señor que nos dice, hoy día: *"como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre".*

Los hebreos habían vivido situaciones difíciles en el desierto. El libro de los Números habla de que *una epidemia de serpiente les estaba hincando y los mataba*, y Dios mandó a construir una imagen de una serpiente de bronce que, en nombre de Dios, cuando la miraban, los curaba. Esta imagen de que, cuando miramos al Señor nos cura, nosotros la tenemos en el Señor de los Milagros. **El Hijo del Hombre tiene que ser "levantado"** y caminar por las calles, y todos nos sentimos mirados por el Señor y lo miramos. Y, cuando levantamos en la Eucaristía el pan, la hostia, también la miramos. Antiguamente, se decía que no había que mirar la hostia, pero eso era una falla litúrgica, porque hay que mirar al Señor para tener vida, hay que compartir al Señor y, luego, hay que comerlo, también para vivirlo.

Esa imagen, entonces, tiene mucha importancia para nosotros porque hoy día el Señor nos habla de la luz. Y dice que *quien camina en la tiniebla no quiere acercarse a la luz porque tiene miedo de que se noten sus malas obras*. En cambio, *quien camina en la luz*, quien camina haciendo el bien, le gusta estar en la luz para poder alimentar y

crecer en el bien. Y en esta Cuaresma todos estamos en un camino de conversión en donde hemos de revisar sobre cómo estamos yendo en nuestras vidas, qué elementos de tinieblas y qué elementos de luz tenemos.

En realidad, los humanos somos ambiguos y tenemos muchas veces cosas muy buenas, pero, a veces, las “borramos” con las cosas malas que hacemos. Este tiempo es para discernir, y como dijimos la semana pasada, para “*vitalizar*” nuestra vida con el Señor. Evidentemente, es necesario hacer un esfuerzo mínimo de reconocimiento de nuestros límites, pecados y males (mínimo, aunque sea, pero así vamos avanzando poco a poco a reconocer el panorama de mal que estamos viviendo personalmente), y así dejamos que el Señor nos penetre. Por eso miramos al Señor, lo adoramos y lo comemos, para que el Señor vaya entrando en nosotros y nos vaya transformando gratuitamente. Como dice, hoy día, San Pablo en la Carta a los Efesios (Ef. 2, 4-10): *Dios nos ha salvado gratuitamente, no por nuestro esfuerzo,* no porque nos hemos ganado su amor con un mérito, no porque hemos ido a 50 misas y, entonces, ya tenemos toda la “salvación asegurada”, como si fuese una especie de banco donde ahorramos y obtenemos ganancias.

Hermanos y hermanas, no se compra la fe, no se compra la gracia. La gracia, para ser gracia, tiene que ser gratuita, de lo contrario, es una desgracia. Por eso, la verdadera gracia es la que se acoge humildemente y reconoce uno sus males y pecados.

Quisiera referirme, por eso, en este domingo, a la importancia que tiene que consideremos, no solamente en nuestra situación personal, sino la situación también que estamos viviendo en el país, porque las dos cosas tienen

relación. A veces, pensamos que la vida cristiana es solamente individual, pero la vida cristiana es una vida que tiene que manifestarse en la historia de nuestras vidas, de nuestros pueblos y tiene que mejorar la vida de ese pueblo.

Estos días, el Consejo Permanente de la Conferencia Episcopal Peruana, al cual pertenezco yo también, hemos sacado un comunicado respecto a la trágica situación en que se encuentra el país. Y parece que es necesario, por parte nuestra, como Iglesia, hacer un hincapié mayor para que nuestro compromiso, como Iglesia, como cristianos en el país, pueda tener mayor repercusión, viendo y atajando problemas muy serios que estamos viviendo.

Entre los puntos más importantes, el comunicado dice:

> Ante esta dolorosa e indignante realidad, los obispos hacemos un llamado a los miembros del Congreso de la República a fin de que dejen intereses particulares, escuchando las diversas opiniones calificadas en torno a las decisiones que se toman respecto a todas las denuncias que se han hecho contra de alguna institución para que haya diálogo y una salida constitucional y democrática. No se puede prescindir de un órgano constitucional tan importante como, en este caso, la Junta Nacional de Justicia.
>
> Simultáneamente, en nuestra condición de pastores y, a la vez de ciudadanos, invocamos a nuestras autoridades a preocuparse y a buscar soluciones eficaces a los urgentes problemas que agobian a nuestro pueblo; especialmente, en su salud, en la educación, en la violencia, en las economías ilegales, en la destrucción de nuestra Amazonía, en la delincuencia, en el sicariato, que nos tienen en

permanente zozobra y afectan nuestra sociedad, a las familias y a cada ciudadano, manteniéndonos en la injusta condición que sentimos todo el tiempo, amenazados en nuestra propia tierra.

A estos hechos tenemos que recordar también que vivimos en un ambiente en donde, culturalmente, todos vamos a nuestras ambiciones, y eso nos mantiene en la tiniebla. La Iglesia, desde la fundación de la República, puso en la Constitución, a través de los sacerdotes que participaron en el primer congreso, que esta es una sociedad formada en una nación, formada por todos los pueblos y no pertenece a ninguna familia ni a ningún privilegiado. Y, por tanto, todos nos debemos al bien común de la Patria. Eso lo pueden leer en la Constitución de 1823 en el primer, segundo, tercer y cuarto artículo.

Por eso, hermanos y hermanas, hay una tendencia a ver lo propio, y uno de los peores males que podemos vivir juntos o individualmente, o como comunidad de pueblo, es incentivar siempre el individualismo, el interés de parte, no el interés de todos. Y esto ocurre en medio de una situación que, además, se agrava más por la situación económica que estamos viviendo, en donde el costo de vida está creciendo enormemente y el hambre se está multiplicando.

En estos días hemos recibido, en nuestra oficina, a las hermanas de las ollas comunes. Ellas me han manifestado y me han contado casos muy concretos de muerte por hambre, sobre todo, en los cerros que están más allá de las entradas de los pueblos jóvenes, en los sitios más altos, mas alla de los planos. Tenemos cerros de cerros de nuevas poblaciones migrantes que necesitan ayuda y que se organizan para hacer su olla común. Y como he

comentado con alguna autoridad en estos días, este tema no se puede reducir a una métrica y decir que cada 500 metros cuadrados se le da apoyo a una olla, porque en 500 metros cuadrados habrá 15 ollas de 80 personas cada uno. Y eso de **“metrar la ayuda”** es incoherente con la necesidad. Cómo es posible que, como Estado, podamos “medir”, de tal manera que demos como una especie de limosnita a cada uno. Eso está bien para cada persona que tiene poco y da lo poco que tiene, pero el Estado está llamado a solucionar el problema grande, y tiene que, necesariamente, responder al problema grande.

En esa línea, hermanos y hermanas, hemos querido, escuchando el clamor que viene de las hermanas de las ollas comunes, dedicar este fin de Cuaresma y toda la Semana Santa a responder solidariamente con la Cáritas de Lima, con la organización que ellas nos han contado de varios empresarios, de varias comunidades y grupos, asociaciones y voluntarios que están viendo el problema más grande que está atrás, que es el hambre, y que está creciendo en las poblaciones más marginales. Por eso, vamos a organizarnos para ayudar.

Hemos puesto como lema de la próxima Semana Santa:

“Compartiendo, como Jesús, el pan y la vida, saciemos el hambre de nuestro pueblo”.

Una cosa es todo lo que tiene que hacer el Estado y las organizaciones sociales y políticas, otra cosa es la sociedad civil, las iniciativas que puedan tener, pero, como Iglesia, también tenemos que responder, tenemos que unirnos a todos los esfuerzos positivos.

Y, ¿qué tiene que ver esto con Jesucristo? Justamente, **Él es el que se ha elevado para compartirse.** El Papa San

Juan Pablo II, cuando vino acá, dijo esas palabras fuertísimas: **“Hambre de Dios, sí; hambre del pan, no”.** Y llamó a movilizarnos todos para solucionar el hambre del pan. Y, por eso, necesitamos, también, como cristianos, en este momento difícil que está creciendo como problema y que se unirá a otros que vendrán (ya están diciendo que tendremos lluvias de hasta de 20 litros en los próximos meses), tenemos que organizarnos.

Hermanos y hermanas, no podemos permanecer quietos. Yo sé que muchos de ustedes colaboran y comparten, por eso, tenemos que ver cómo nos organizamos entre hermanos y en las localidades. Y, especialmente, en este caso concreto y urgente que nos han pedido, quisiéramos que podamos ayudar a esas ollas comunes de los cerros. Por eso, desde mañana sale público el afiche de la celebración de la Semana Santa y todos los motivos serán en ese compartir, de tal manera que, inclusive, en el Lavado de los Pies, lavaremos los pies a seis hermanas nuestras de las ollas comunes y seis hijitos suyos, para que los niños tengan siempre prioridad.

Les pedimos a todos que, con el corazón, digamos: “ahora que he venido a la Misa, que he comulgado, que he recibido el pan del Señor, yo también soy pan para mi hermano, yo también hago un esfuerzo, aunque sea pequeño”. Y nos organicemos en voluntariados en distintos sitios, en las parroquias. De hecho, quiero anunciarles que nuestras Parroquias serán los centros de acopio para recibir los víveres no perecibles y las menestras, que después serán recibidos por nuestra Cáritas Lima para compartir en las distintas ollas.

Este pequeño esfuerzo como Iglesia de Lima está en la línea de dar un testimonio evangelizador. Se evangeliza

cuando entra la alegría, cuando se anuncia que Dios está con nosotros, y no hay cosa más linda que la alegría que, cuando compartimos, se ve en el rostro de quien recibe y se siente acompañado y alentado.

Que así también, el Señor de la Luz, ilumine esta buena obra. Y que todos podamos apoyar como Iglesia de Lima, junto con los jóvenes que se van a reunir la próxima semana en la Asamblea Arquidiocesana de la Vicaría de la Juventud.

Entonces, hermanos y hermanas, intentemos mirar al Señor que se levanta y caminar a su luz. Él nos ama gratuitamente y nos hace a todos aprender a ser gratuitos. Desde ahora empecemos a conversar sobre cómo ayudar en esta tarea que hemos planteado, y también les pido a todos que empecemos a imaginar respuestas, desde la ciudadanía, para solucionar tantos problemas que, al parecer, las dirigencias de nuestro país, en particular, muchos de los actuales dirigentes, parece que no tienen capacidad y nos hemos equivocado en elegirlos.

Que Dios los bendiga, que nos acompañe, nos dé inteligencia y, sobre todo, gran corazón y solidaridad. Por eso ahora vamos a rezar el Credo en el Dios que nos ilumina con su amor.

Amén